

artículo que informa del que expresa opiniones. Como también el que le exige responsabilidad. El diario es un instrumento público al servicio del bien común y no de los intereses egoístas.

Es claro, sin libertad tampoco prosperan los diarios buenos. Y que haya libertad dentro de la casa que edita periódicos: que ni el Director ni los subalternos y colaboradores estén enganchados a esta causa o a la otra, ni de antemano se condenen a pensar así o asá. Huyan los aprendices de periodista de esta servidumbre nociva: la de opinar en todo caso como opina el Director del diario en que trabajan.

Haya en mi periódico varios redactores, mujeres y hombres preparados en estos estudios y en aquéllos, con el ánimo de evitar este problema moral: el caso del periodista de estaca, en funciones de Director y redactor exclusivo, obligado a hablar de todo, lo entienda o no, crea en ello o no. Porque mi diario trataría todas las cuestiones de importancia, al compás de los sucesos que trascurren. De los colaboradores exigiría el estilo breve y sencillo. Esto es, exigiría del periodista que se aparte de la garrulería fácil y engañosa; le pediría que se concentre, que corrija, que pula sus escritos. En Costa Rica los diarios inflan mucho los asuntos: con cualquier bobería rellenan columnas una semana completa, para solaz, o fastidio, de la clientela. La sobriedad es una bella condición en quien escribe para los diarios.

Juzgo que el diario debe completar la educación del ciudadano, dentro de la diversidad de asuntos que trate. Mi diario sería un divulgador asiduo de conocimientos útiles, de ideas nuevas, de valores y preocupaciones mundiales. Diversidad y amplitud en la divulgación sería mi norma:

Y por nada descuidaría la estética del diario: el aspecto del material—texto, ilustraciones, avisos—su armoniosa y atractiva distribución. Mi diario desecharía la literatura cursi.

Concibo, pues, el periodismo civilizador, el diario que aconseje a los trabajadores y que en ellos realiza una obra espiritual cuando lo lean en los ratos de ocio. Nada de enconos ni virulencias de lenguaje. Quiero un diario decente, pulcro, bien escrito, que hasta los niños puedan leer. No el diario que se ponga al servicio del escándalo, la ramplonería y la corruptela política. Nada de sensacionalismos, ni detalles de crímenes y vicios, incentivos para las bajas pasiones. Los remitidos serían abolidos en mi diario. Todo lo que engendre odios debe excluirse de la prensa. Ni escritos anónimos se publicarían. Antes bien, que el pueblo se acostumbre a ver al pie de los artículos que lea, la firma del que expone, opina o persuade. Por la firma el escritor, el hombre, la fe en él, la estimación por lo que dice. Por el publicista, sabríamos si hay sinceridad en lo que afirma, si está escribiendo lo que quiere escribir, si su opinión es la propia o la del capitalista, o la del gremio, o la de la compañía que se la paga. Por el escritor, sabríamos si escribe para complacer o adular a su clientela, o para educarla. Tal es—a mi juicio—el diario bueno: un guía del pueblo lector, que lo compra y consulta para su provecho y no para su daño.

A propósito, hay tradición que recordar, y mantener: el primer diario oficial de Costa Rica se llamó *Mentor Costarricense*. El mentor guía, y también amonesta.

Y el mío tendría una brújula: hacia los intereses hispano-americanos de preferencia. Y tendría un folletín escogido y le pondría a menudo ilustraciones y caricaturas sociales y políticas. Destinaría una plana a la voz de los lectores; y al cable, un comentario. Me place el periódico que se alza por encima de las preocupaciones de la parroquia y divisa otros horizontes y recoge para sus lectores mensajes y aspiraciones de otros hombres y de nuestro tiempo.

Y no faltaría en él una revista de la prensa que enmiende errores y rectifique opiniones falsas y fuera como un curso de educación cívica y de lógica práctica para sus lectores.

Por fin, me regocija un diario que agite ideas, que sacuda indolencias mentales y políticas, inercias sociales, hostilidades, disimulos y cobardías.

De Ud., atto., y s. s.

J. GARCÍA MONGE

## Comentarios fugaces

El propósito de programas, de normas de acción periodística, una excelente revista *The New Republic*, de Nueva York, hace una declaración que nos complace reproducir.

La función de la revista, como los editores la conciben, no tiende a declarar o defender programas, los cuales por más acertados que fueran, fracasarían a menos que hubiera hombres especialmente educados para realizarlos. La revista aspira a estimular en sus lectores un estado mental de vigilancia de las actividades sociales en que participan. A medida que tal vigilancia se practique, ella propenderá a convertir aquellas actividades en algo como escuelas de ennoblecimiento o iluminación moral para el individuo. Los editores entienden que les corresponde una tarea de crítica sólo realizable si es guiada por cierto espíritu y sin ultrapasar ciertos límites. Consiste esa tarea en lanzar sobre los temas y sucesos de la vida estadounidense una corriente de ideas que ayude a los lectores a interpretar mejor lo que ocurre y a participar constructivamente en las respectivas actividades. Las ideas, para contener luz, deben ser oportunas, desinteresadas y concebidas con lealtad. Pero no deben ser, como la mayoría de las ideas en circulación, meras racionalizaciones de los intereses o de las actividades. Las ideas, son fieles, leales a las actividades, en aquella medida en que las gentes que conducen actividades positivas adoptan la práctica de aplicar a sugestión la actitud de una mente infatigable, inconforme, alerta. Una vida así, tenderá como parte de su funcionamiento normal, a producir la verdad que necesita para su propia liberación.

\* \*

El lector reflexivo observará que hay interesantes puntos de contacto entre las normas de *The New Republic* y la actuación de este REPERTORIO AMERICANO, en cuyo torno ya es tiempo de que se sientan bullir las inquietudes de una juventud ávida de preocupaciones elevadas.

Por lo demás, aquel concepto de función de un órgano de publicidad—revista o periódico—es fácilmente conciliable con las exigencias de la informa-